

la más perfecta de las criaturas, he llorado y he estado sujeta á todos los más acerbos dolores de la mujer y de la madre. ¡Llora, sí! El llanto es un consuelo para el débil corazón humano; pero espera, que es también una virtud, y yo te abriré mis brazos.»

Pues bien, Mérida: hasta que vaya yo, que la Virgen sea tu amiga y protectora; y sobre todo, hija mía, no te desanimes. Te lo repito: sólo quiero verte dichosa; te casarás con aquel á quien ames, si es digno de ti y si su carácter se aviene con el tuyo.

¿Me prometes que te veré alegre y sonrosada? Mira que muy pronto estaré á tu lado, y que no es justo que me recibas con tristeza.

No abandones la compañía de la Mariscala hasta que llegue yo, y recibe los abrazos de tu hermana y de tu madre

LUISA.

## XXI

### El señor cura á Juan Bautista.

*Urrea de Jalón, Agosto de 18...*

¡Cuánto dolor hay en tu carta, mi querido Juan Bautista! ¡Y cómo se manifiestan tu clara razón y tu bello natural, aun en medio de los sueños de tu imaginación y de tu inexperiencia!

Bien has hecho en acudir á mí, hijo mío; ya sabes que te quiero con el alma y que no había de reñirte. ¿Por ventura es fácil mandar al corazón? No, y yo lo sé mejor que nadie: primero, por mi propia experiencia; después, por lo que he observado durante el largo tiempo que he recorrido el mundo.

Hijo mío, debo hablarte como padre, tanto porque mi corazón, que mucho te ama, me inclina á ello, cuanto porque de otro modo no correspondería á la confianza que de mí haces; pero lo haré sin acritud, sin aspereza y sin reconvenciones. Soy ministro del Dios del amor y del perdón, cuyo Hijo vino al mundo con la miel de la persuasión en los labios, y que llevaba en su espíritu la melancolía de su propia grandeza.

He sufrido mucho, y mi carácter, que nació violento, se ha suavizado y ha domado sus impetus con la soledad y la reflexión.

Yo amé cuando contaba tu edad, Juan Bautista: amé á una mujer que no me dieron, por las mismas razones que quizá no te darán á Mérida. Era más noble, más rica que yo: de nada sirvió mi honradez acreditada; de nada sirvieron tampoco mi laboriosidad y la grandeza de mi amor; por mi desgracia, aquella mujer era opulenta, y yo, que hubiera dañado la mitad de mi vida porque hubiese sido pobre, fui acusado de ambicioso, de osado y de rústico atrevido.

Mi padre, si bien de muy noble familia, era labrador como el tuyo, y mi hermana acababa de casarse con otro labrador.

Ella obedeció á sus padres y obró como debía. Sí, Juan Bautista: la mujer es débil y debe emplear la escasa fortaleza que algunas veces le concede el cielo, no en luchar, sino en resignarse; sus deberes con la familia y con la sociedad son rudos, pero sencillos.

Se reducen, con aquélla, á la sumisión y al respeto.

Con ésta, á guardar su decoro immaculado y terso con el mismo cuidado que se guarda una hermosa flor, tan delicada, que la aja y la marchita la excesiva luz.

La mujer á quien yo amaba era digna de mí, y esto puedo decirlo sin estúpida vanagloria; tenía

talento y dignidad: se resignó; pero jamás quiso casarse con otro, perdida la esperanza de felicidad que había alimentado: vivió sola y triste por espacio de algunos años... y después murió, como la luz que se extingue lenta y dulcemente.

El sacerdote á quien llamaron para que le prestara los últimos consuelos, fui yo. Dios, supremo consolador de las aflicciones, me llevó á su lado en aquella hora suprema.

Sólo de Dios le hablé entonces: ambos estábamos purificados. Bajo la sagrada corona del sacerdote se habían apagado las pasiones de mi juventud, y se había extinguido toda la amargura de mi dolor.

A ella la había purificado igualmente el martirio.

Murió, y puedo asegurar que su alma santa está gozando de las eternas venturas.

Cuando me disponía á dejar la fúnebre habitación, una figura pálida y desolada salió del ángulo más obscuro y se arrojó á mis pies, exclamando entre sollozos esta sola palabra:

—¡Perdón!...

Era la madre de la desgraciada que acababa de dejar este mundo de dolor.

Estaba lívida y desfigurada; y aquel extravío, aquella honda y convulsiva desesperación, hacían el más amargo contraste con la paz celestial que brillaba en el rostro de su muerta hija.

¡Qué triste cosa es ver á la ancianidad agobia-

da bajo el peso del remordimiento! Parece que en los verdes y floridos años de la juventud hay siempre como un perfume de esperanza, que hace vislumbrar los bellos y serenos días de la virtud; pero cuando ya aparece el invierno de la vida tras los altos y sombríos montes del desengaño; cuando la nieve de la vejez dice que el alma está exhausta de las fuerzas que se necesitan para el triunfo, cada arruga de la frente es el sepulcro de algunos instantes de dicha perdida por la propia culpa.

¡Dios te libre para siempre de semejante dolor, que es el único inconsolable, Juan Bautista! ¡Antes que merecerle, sacrifica en las aras del deber toda la felicidad de tu vida!

La vista de aquella anciana me hizo un daño tan grande, que para siempre quedó impresa su imagen en mi alma: la aseguré de mi perdón, y aún pude consolarla con palabras dulces y suaves, inspiradas por la piedad, de la profunda soledad en que quedaba. La suerte de su hija había sido mucho más dichosa, pues había muerto cumpliendo con su deber.

Ya ves, por lo que te he referido de la triste historia de mi vida, que la experiencia y la razón dictarán mis consejos, y que no has hecho más que seguir el instinto de tu corazón al depositar en mí tu confianza.

No esperes que diga á tu padre que te deje salir de ese pueblo para ir á la capital: eso sería

una locura. Mérida irá á Madrid en breve, y tú, rota la santa valla que te separa de tus sencillas costumbres, querías seguirla, es decir, que, sin carrera y sin medios de vivir, arruinarías á tus padres por correr tras de un amor loco é imposible, ó te precipitarías por la rápida pendiente del desorden, que conduce al crimen y á la muerte.

Así, pues, y ya que aún queda algún tiempo de vacaciones antes de abrirse el curso, es de todo punto indispensable que permanezcas ahí, según las órdenes y deseos de tu padre. Hijo mío, el hombre no debe buscar paliativos á su desgracia, sino contemplarla con valor y frente á frente: en tanto que estás ahí, se ha de decidir el porvenir de tu amor; pero antes necesitas saber si ese amor es verdadero, ó si sólo te dejas arrebatar de esas ilusiones que huyen algunas veces como las hojas de una rosa que deshace el viento.

¡Oh, Juan Bautista! ¡Qué triste sería para esa pobre niña y para ti el ataros con lazos indisolubles, engañado tú, como tantos otros, y creyéndote enamorado, cuando sólo estabas alucinado por la vanidad!

Mas no. ¡Eso no puede ser! Tu carta está escrita con el corazón, y tu alma entera palpita en sus frases: al leerla he creído recorrer de nuevo algunas hermosas y puras páginas del libro de mi vida... La expresión del verdadero amor no puede engañarme: de ella se desprende el calor del entusiasmo como una chispa divina.

— Cuando yo te lo avise, escribirás á la Condesa, que va á llegar aquí; y digo cuando yo te lo avise, porque antes quiero explorar el estado de su ánimo: ella se puede imaginar lo que ocurre, pues la misma Mariscala se lo ha referido á mi hermana, y no habrá dejado de escribírselo á la Condesa, que es su íntima amiga.

En tanto, pues, que se decide esto, escribe á tu padre, que está quejoso de tu silencio; su respuesta será severa, pero no lo extrañes: el pobre alcalde cree que le ofendes con ese amor que te aparta de la clase en que has nacido, que es la suya.

Aún más airada está tu madre. Creo, Juan Bautista, que costará sumo trabajo el suavizar la amargura que hoy encierra su alma y que se manifiesta bajo una forma sincera, pero brusca; y no obstante, ¡cuánto amor y cuán noble orgullo maternal se vislumbra entre su elocuente indignación! Ella quisiera que su hijo se casara con la más infeliz muchacha del pueblo, y que ésta se lo debiese todo á él: entonces, ¡qué tesoros de generosidad desplegaría; cómo creería que faltaba á todos sus deberes de cristiana si la humillaba!

Pero ¡ay! en el caso de que te cases con esa joven noble, distinguida y delicada, temo, hijo mío, que tus tristes sueños se conviertan en realidad no más alegre. Tu madre creará muy rebajada su dignidad, la de su esposo, la tuya, la de toda su familia, con la superioridad de Mérida, y para de-

fenderla, no habrá humillación que no haga sufrir á ésta. Prepárate, Juan Bautista, y ora logres el dichoso fin que tu amor desea, ora asistas á la muerte de tus esperanzas, ármate de valor, pues ni la felicidad de la vida ni la tranquilidad de la conciencia se han conseguido jamás sin combatir, ni hay en el cielo ó en la tierra gloria sin martirio.

Tu padre en J. C. que te quiere,

JUSTO, PRESBITERO.

## XXII

Valentina á Mme. Honoria.

*Urrea de Jalón, Agosto de 18...*

Ha habido siempre en mi alma, señora y amiga mía, un sentimiento irresistible de confianza que me arrastra hacia usted: si en el largo espacio de mes y medio sólo la he escrito una vez participándole mi llegada, ha sido porque estaba sumergida en un abatimiento profundo; porque era tal el desaliento que invadía mi espíritu, que apenas podía ni quería darme cuenta de si existía.

Hoy me parece revivir: todo alrededor de mí es movimiento y ruido. Anoche llegaron Clara y su

madre al castillo de la señora Mariscala, y hoy ha llegado el hijo mayor de la misma: ¡qué bella es su figura! No podía yo presumir que hubiera en el mundo un joven semejante: ¡qué elegancia en los menores detalles de su traje de camino y en todos sus ademanes!

Cuando entró, acababa yo de llegar también, pues apenas estoy más que las horas precisas para el sueño en casa de mis padres. Aquí me ahogo, y no puedo menos de dar gracias al cielo por haber traído á la señora Mariscala y á Mélida, que me ha presentado á ella y me lleva cada día á su casa.

El hijo de la Mariscala pareció sorprendido de hallarme allí: me saludó con galantería, y luego se quedó mirándome como si estuviera lleno de pasmo; yo me ruboricé sin saber por qué, y bajé la cabeza, poniéndome, á lo que creo, muy colorada.

Ya hacía algunos minutos que los dos permanecíamos silenciosos, cuando se abrió la puerta del salón y apareció Clara.

Entonces levanté los ojos, miré... y lo confieso... porque á usted, mi querida señora, se lo he confesado siempre todo... ¡tuve un instante de triunfo!... ¡Sí! aquella Clara orgullosa, que en la pensión afectaba despreciarme siempre; aquella Clara, que ya que no podía eclipsarme en belleza, hacía siempre un estudio para eclipsar la humilde sencillez de mis trajes con la esplendidez de sus adornos; aquella Clara, que me ha odiado

siempre instintivamente, palideció... y la vi temblar de un modo doloroso y convulsivo al reparar la expresión de la mirada que su futuro esposo fijaba en mí.

—Mélida la llama á usted—me dijo duramente y sin mirarme.

Yo, para humillarla, hice una cortesía, con toda la gracia posible, al hijo de la Mariscala, y pasé por delante de Clara sin mirarla tampoco.

Yo espero, señora, que no me reprenda usted por esto, puesto que, en las frecuentes contiendas que teníamos Clara y yo, me daba casi siempre la razón contra sus injusticias.

¿Hay algún mal en que me salude su novio? ¿Se le ha de escapar por eso esta rica boda? ¿Qué diferencia entre Clara y Mélida!

Ésta va á dejar hoy mismo la casa de mis padres. ¡Es natural! Su madre y su hermana van á habitar el opulento castillo de Montemar, y Mélida no se ha de quedar entre labriegos como nosotros.

La noche pasada ya ha dormido allá; pero esta mañana vino á recoger su equipaje, pues ya sabe usted sus modestas costumbres, y que todo cuanto puede se lo hace por sí misma. La doncella que la acompañó para nada tuvo que incomodarse, y la misma Mélida ordenó en cajas de cartón sus vestidos, sus sombreros y pañoletas.

De todo esto me dió muchas cosas, con su natural generosidad. Su mejor canesú, sus pendien-

tes más bonitos, su cruz de perlas; todo esto me lo iba presentando con su gracia inimitable, y decía:

—Esto para ti; esto para que lo uses en nombre mío.

—¿Por qué te marchas?—le pregunté tristemente;—¿por qué te separas de mí?

—Valentina mía—contestó abrazándome,—tú ya estás curada por ahora, ya estás contenta y eres feliz: debo, pues, ir al lado de mi madre y de mi hermana; pero ¡ay!—añadió,—¡yo soy ahora la triste y dolorida! ¿Qué será de Juan Bautista? ¿Estará enfermo como cuando se fué? ¿Sabes tú algo de él?

—¿Qué escucho!—exclamé yo sorprendida:—en medio de la pompa que te rodea, de esa nube de encajes y diamantes preparada para tu hermana bajo el techo dorado de ese castillo, ¿piensas en Juan Bautista?

—Sí—me respondió bajando la cabeza para ocultar una gruesa lágrima que brotaba de sus ojos:—pienso en él!

—Pero ¡Dios mío! ¿estás loca? ¿Qué hallas en ese muchacho palurdo que te agrade?

—Todo—respondió ella:—la noble sinceridad de su carácter, su amor filial, y en particular, Valentina, le agradezco el amor que me profesa: sólo sé yo querer á las personas que me manifiestan afecto, y el mío está siempre basado en la gratitud. Si tú hubieras amado á Juan Bautista y él á ti, nada hubiera yo sentido nunca por él.

—¿Luego tú puedes mandar á tu corazón?

—No; pero hay dentro de mi alma alguna cosa tan grande y tan fuerte, que hasta al corazón puede dominar.

—¿Y cuál es?

—El sentimiento del deber. Valentina, muy bueno hubiera sido para todos, y más aún para ti misma, que te casaras con Juan Bautista, porque, mira, ahora estás curada de tus melancolías, pero sólo momentáneamente. Cuando todos nos alejemos de aquí, serás más desgraciada que nunca, porque verás irrealizables todos los sueños de tu vanidad.

—Dejemos eso—le dije impaciente,—y dime si quieres que escriba á Juan Bautista.

—¿Para qué?

—¿Para qué vuelva!

—No: no creo que por mí desobedezca á sus padres, que le han enviado adonde está, ni quisiera que lo hiciese; además, mi madre, tan buena, tan generosa, decidirá de mi suerte. ¡Oh, Valentina: si supieras qué tierna es su última carta!... pero aquí está: toma, lee, y conocerás hasta qué extremo debo yo adorar á mi madre.

Y Mélida sacó de su pecho una carta llena de señales de lágrimas: era la que le había escrito la Condesa antes de salir de Barcelona, y en la que, con gran asombro mío, vi que casi le promete casarla con Juan Bautista.

Mélida salió poco después, no sin volver á re-

coger su carta y guardarla como si fuera su más rico tesoro.

Yo he quedado sola, con la cabeza aturdida por tantos incidentes extraños como se han sucedido hoy: lo que más me impresiona es ese lujo deslumbrador que se va desplegando en la casa de la Mariscal. Desde la ventana de mi pobre cuarto veo pasar á cada instante convidados de las quintas vecinas y de la capital, en sus carruajes, y criados, á caballo, que van á buscar diferentes objetos; veo también abiertas de par en par las ventanas del comedor, y brillando sobre la gran mesa de jaspe las deslumbradoras vajillas de oro y plata.

Inmensas trípodes de oro, enriquecidas de turquesas y ópalos sostienen enormes ramilletes de flores, pues hoy hay gran convite en celebridad de la vuelta de César de sus viajes.

Un temor tengo que parecerá tal vez pueril al elevado talento de usted, pero que es cruel y amargo para mí: ¿me convidarán á mí al banquete? Por un lado pienso que sí, porque la Mariscal me profesa afecto; por otra parte, creo que Clara es desde hoy mi irreconciliable enemiga, y que ella evitará á toda costa el que me siente á la mesa, haciéndome este desaire para vengarse de que su novio me haya dedicado una mirada.

En tal estado, señora y amiga mía, escribo á usted cuanto pienso y siento: quiero comunicarlo todo á mi querida directora, á la que me amaba

y elogiaba lo poco bueno que había en mí, al mismo tiempo que reprendía lo que llamaba *mi incorregible vanidad*. Por esto, dulce protectora de mi infancia, quiero sujetar á su fallo todas mis impresiones, y que sepa así cuán tierno é invariable es para usted el cariño de

VALENTINA.

### XXIII

#### Juan Bautista á su padre.

*Epila, Agosto de 18...*

El temor de volver á incomodar á usted, mi querido padre, me ha hecho hasta ahora guardar silencio, bien contra mi voluntad: he creído que cuando me alejó de su lado yo le era enojoso, y que todo lo concerniente á mí debía molestarle; pero aunque así sea, yo no puedo pasar más tiempo sin decir á usted, á mi madre, á mi hermano y á todos los que amaba en esa, que me acuerdo de ellos, y que soy infeliz aquí, donde no les veo.

Mucho deseo volver, aunque no estoy curado ni lo estaré jamás de lo que usted y mi madre llaman *mi locura*. La ausencia ha agravado mi mal: de lejos pienso más en ella; la encuentro llena de perfecciones; lo siento, pero no puedo evitarlo.

Y bien, padre mío, porque soy desgraciado, ¿he de estar siempre lejos de los míos? ¿Renegará de mí toda mi familia? Ella se irá pronto... ¿No es cierto que se irá pronto á Madrid? Y entonces ¿por qué no he de volver? ¿Seré culpable porque ame los sitios en que ella ha estado? ¿Porque rece ante la misma imagen que ella oraba? ¿Porque busqué las flores que ella prefería? Padre, usted me ha dado siempre grandes pruebas de su amor; contra la voluntad de mi madre, me dejó seguir la carrera de leyes, porque no quería ser labrador; ha sido para mí indulgente, bueno y justo: por todo esto le suplico ahora que me responda y que me diga cuándo querrá que salga de aquí... no diré á usted que estoy enfermo... eso no debe decirlo un hombre; pero sí le diré que la inacción me consume... que deseo volver á ocupar mi sitio en los quehaceres de la casa y en la mesa de mis padres... Si es preciso, no la veré, aunque esté ahí... huiré de los sitios en que pueda encontrarla... pero á lo menos, logre yo volver á mis antiguas ocupaciones. Padre, lea usted esta carta á mi madre, y á pesar de su severidad, verá usted cómo, si le pide su parecer, le dice que vaya, pues en ella verá cuán infeliz es y cuánto sufre su hijo, que les quiere mucho,

JUAN BAUTISTA.

## XXIV

### El alcalde á Juan Bautista.

*Urrea, Agosto de 18...*

Mi estimado hijo: Me alegraré que estas cortas letras te hallen mejorado; yo y tu madre y Santiago, buenos, á Dios las gracias.

De lo que me dices de venir, por ahora no lo pienses; si no te se pasa la *zangarriana* que te ha dado y los *enamoricamientos* de la hija de la Condesa, ahí te morirás de viejo. ¿Te habrás de salir con la tuya, como dice tu madre? ¡No faltaba más! Si tú eres terco, yo también, y más que un mulo; con que lo dicho, y no hay más que hablar de este asunto.

Ya no está en casa de Herrera esa muñeca de *mirame y no me toques*: se fué á la gran casa de esa señorona, que lleva una capa como un obispo, y tacones de á palmo en los zapatos; toda la familia, que no sé de qué gente se compone, está allí: ella se ha marchado también; puede que ahora engorde, porque estaba tan encanijada, que si seguía *asina*, iba para ética: allí han ido también muchos lechuguinos de la ciudad, y todos los que están de veraneo en las casas de campo vecinas.

Cuidando de la hacienda, he visto ya pasar por dos veces á la *señorita alfeñique* montada á caballo y seguida de varios caballeros; detrás iban en coche la Mariscala y la Condesa.

¿Si pensarás ahora que en esa gran casa dorada se acordará ya de ti? Aunque loco, nunca te tuve por tonto, y eso sería serlo de remate.

Lo más que te puedo ofrecer es que así que ellos se larguen á Madrid, vendrás tú, y no para andar por los caminos como alma en pena, sino para marchar al momento á la ciudad, acabar tu carrera y casarte con la hija del escribano: de ésta no tendrás que decir, y te gustará más que la chica de Herrera, porque es una *moza como un trinquete*, alta, robusta, rubia como unas candelas, colorada y frescachona, y que así sabe amasar como hacer la colada y guisar la olla, que la puede comer un canónigo.

Como ahora va el mundo al revés, parece que el hijo de la Mariscala, que acaba de llegar, anda muerto y penado por la vanidosa de Valentina... y eso que está en días de casarse con la hija mayor de la Condesa. ¿Se deshará la boda? Me alegraré, para que pague esa familia los malos ratos que nos ha dado á mí y á tu madre.

Y ya que nombro á tu madre, con todo su geniazo, está desde que te has ido como *palillo de suplicaciones*, de flaca: no prueba la olla, no duerme, y se harta de llorar de noche y día; pero antes que dejarte seguir el festejo con la

hija de la Condesa, se dejará morir, y á ti lo mismo.

Los demás, tan famosos; Santiago, listo y fuerte, y muy en casarse con María dentro de algunos meses; los bueyes, tan buenos; los cuatro pares de mulas, gordas, que parten; la pava grande ha sacado catorce pollos redondos y *amarillos*, que se criarán con la ayuda de Dios; las gallinas, tan ponedoras; los cerdos nos darán gran matanza, y con ella cuenta tu madre para ponerte la despensa cuando te cases con la escribana.

Hijo, mucho consuelo he recibido con tu carta, y todos lo mismo; todos te queremos: eso no lo debes dudar, que ya lo sabes. Santiago parece cuerpo sin sombra, y ni aun su novia le alegra: cuando sueña, te llama, y dice tu madre que yo hago lo mismo por las siestas. Mira: así que se vayan esas gentes gordas, vendrás, y si tardan, daré yo una escapada con Santiago para ir á abrazarte.

Dime con verdad si estás malo. Con el arriero te envío vino moscatel, tortas de las que te gustan, que ha hecho tu madre, y cien reales para que fumes: por dinero no te aflijas, que en casa lo tenemos, y si no, hay cosa que lo valga, y nada te faltará. Mira, Juan, que deseo que te se pase esa manía, más que por mí, por ti, porque tú eres en lo que tengo puesto todo mi *aquél* y todos mis cinco sentidos.

Porque hijo como tú ni lo ha habido ni lo ha-

brá, como dice tu madre. Hombre, ámate, y pecho al agua, que más valen los tuyos que esa chiquilla delgaducha con voz de flauta: de fijo que no te parece guapa, porque no lo es, y que tu tozudez es hija de *fantasía* y vanidad... lo que, créelo, Juan, porque tu padre te lo dice, me mata de pesadumbre, y más aún á tu madre.

Yo de mí nada quiero decirte pero desde que te fuiste, parece que me han echado diez años encima: que un hijo es cosa buena, y más si es el mayor... eso algún día lo sabrás... y también las penas que nos costáis.

Y no cansándote más, recibe los finos afectos de tu madre y de Santiago, de María y de la escribana, del señor Vicario, su hermana y su sobrina; de la tía Mirlocha, del tío Bailón y su hija, y de tu padre, que te estima y verte desea,

MATÍAS.

## XXV

Mélida á Mme. Honoria.

*Castillo de Montemar, Septiembre de 18...*

Ya han llegado mi madre y mi hermana, señora y amiga mía; ya he podido abrazarlas y gustar de ese inmenso placer que me estaba vedado hace tiempo.

Yo no sé cómo explicar á usted lo hermosa que está Clara: ha crecido mucho, y su estatura excede algún tanto los límites regulares; es delgada, y su talle tan maravillosamente elegante, que no he visto otro al que pueda compararlo.

Además, sus ojos y cabellos negros, el corte perfecto de su cara, la graciosa majestad de su frente y su nariz griega, la hacen una belleza de primer orden.

Su talla pasa á la mía toda la cabeza; y al vernos juntas, ha dicho la Mariscala, con su lenguaje á la par sincero y retumbante:

—Hijas mías, no parecéis hermanas: Clara se asemeja á la soberbia magnolia, y Mélida á la tierna y débil caña que se mece á orillas de un lago.

En cuanto á mí, yo no sé lo que habrán hallado de nuevo, porque mamá ha llorado mucho al abrazarme, y á Clara se le deslizaban gruesas lágrimas por la mejillas al mirarme.

Sin embargo, á mí no me duele nada, y aunque he estado triste durante muchos días, sólo ahora es cuando verdaderamente padece mi espíritu.

¿No es verdad, amiga mía, que esto le parece á usted extraño? Voy á decirle el motivo, y comprenderá mi dolor.

César está enamorado de Valentina, no me queda duda, ¡y va á casarse con mi hermana!

Sí: los preparativos siguen con gran actividad. El Arzobispo, hermano de la Mariscala, ha alcan-

zado en Madrid el título de Marqués de Montemar, con grandeza, para César: era ya lo único que faltaba para el esplendor de esta opulenta y poderosa familia; pero ¡Dios mío! ¿adornará esta corona de Marquesa la frente de Clara, ó la de Valentina? Yo no lo sé, y cualquiera de las dos cosas que suceda, no puedo menos de temblar por el porvenir.

Clara ignora todo lo que yo sé: si se casa con un hombre que ama á otra, ¿qué suerte le espera?

Si se deshace este enlace, ¿qué dirán, si ya se ha hecho público?

¡Oh, suceda lo que suceda, Clara se volverá loca y mi madre morirá de dolor!

Yo no culpo á Valentina, porque ya sabe usted, amiga mía, que sé sentir pero no acusar, y menos á ella que tanto la quiero; y sin embargo, en el fondo de mi alma hay una voz que me dice que es ella quien tiene la culpa de todas las desgracias que van á caer sobre nosotros.

Referiré á usted los hechos, y juzgará.

Mamá y Clara llegaron cinco días hace por la noche; al día siguiente por la mañana llegó César.

Yo pasé ya en el castillo la noche de la llegada de aquéllas. Clara y yo pedimos dormir en el mismo cuarto para poder hablar, y, en efecto, en un lindo dormitorio se nos dispusieron dos camas iguales.

En toda la noche dormimos. Clara me habló de su amor por César, al que me pintaba con to-

dos los colores de la pasión, y me aseguraba ser muy feliz; hacía proyectos para cuando se casara, y me decía:

—Mamá y tú vendréis siempre con nosotros en nuestra magnífica carretela; tú, sobre todo, estarás siempre á mi lado y te casarás con algún joven noble, rico é interesante como César.

Cuando á la mañana siguiente llegó éste, encontré su persona más hermosa de lo que Clara me la había pintado; pero encontré también en su fisonomía algo que heló mi entusiasmo: él me estrechó las manos llamándome su querida hermanita, y me dijo que no había visto cara más interesante que la mía.

Poco después fuí á casa de Valentina á recoger mi equipaje, y ésta se vino conmigo al castillo, según costumbre, pues la Mariscala gusta mucho de ella.

Yo estuve un rato con mamá, y hablaba con ella cuando llegó á interrumpirnos Valentina.

—Tu hermana me ha dicho que me llamabas—dijo friamente;—¿es verdad?

—Sí—le respondí:—le he dicho ya hace rato que quería verte.

Mi madre salió entonces, y nos dejó solas.

—¿Qué te pasa?—le pregunté al ver la contrariedad que se pintaba en su rostro;—¿estás enojada?

—Sí—me respondió:—tu hermana es insoponible, y creo que aquí seremos enemigas tan irreconciliables como lo éramos en el colegio.

—¿Pero qué te ha hecho?

—Porque el hijo de la Mariscala me saludó, me miró ella con el aire más despreciativo, y me despidió de allí, diciendo que tú me llamabas.

—¡Vamos!—dije yo deseando calmarla;—¿y es eso todo, mi buena Valentina? Tú eres muy linda; Clara está enamorada... ¿por qué extrañas que tenga celos?

Valentina pareció cambiar el rumbo de sus ideas con esta respuesta mía, porque sus ojos lanzaron destellos de placer: yo no sé por qué la expresión de su semblante me hizo daño y me heló de terror; luego se levantó y me dijo:

—Adiós. Voy á mi casa para escribir á madame Honoria.

Salió, y un instante después entró Clara.

Traía las mejillas rojas y los ojos centelleantes; dejóse caer en el sillón más cercano á la puerta, y me dijo con voz ahogada:

—Mélida, si me amas, es preciso que dejes de ser amiga de esa aldeana insolente; desde luego te prevengo que no quiero verla más aquí, y así se lo he dicho á la Mariscala.

—¿Qué te ha hecho?—le pregunté mientras ella enjugaba con su pañuelo algunas lágrimas que le arrancaba la cólera.

—¡Qué me ha hecho! La he hallado de conversación con César, coqueteando y haciéndose la interesante: yo la despedí de allí, y él la siguió con los ojos; luego ha asegurado que es la mu-

chacha más linda que ha visto en su vida, y sin añadir una sola palabra, me ha vuelto la espalda y se ha ido.

—¡Hermana mía, por Dios, cálmate!—le he dicho, asustada de su exaltación y abrazándola.—¿Por qué das importancia á esas cosas? Si Valentina vale poco á tus ojos, ¿por qué la estimas en tanto? Clara, todos los males son mayores cuando una imaginación como la tuya los aumenta.

—¡Y la Mariscala que iba á convidarla á comer hoy!—exclamó Clara.—¡Oh, si viese sentada á la mesa á esa miserable palurda, á la que no querría ni aun para camarera mía, me moriría de dolor y de cólera!

—Clara, ¿serás vengativa?—exclamé.

—¡Sí; de ella me vengaré! Prométeme no volver á su casa.

—¿Pero no ves que eso es una ingratitud?

—¿Y qué me importa? Si has vivido allí, el honor ha sido para ellos; además, eso ha dado lugar á yo no sé qué historia de otro labriego que se ha enamorado de ti... ¡Ah! da á esas gentes una sonrisa, y verás qué pronto te ofrecen ellos la mano, proclamándose tus iguales. No, no, Mélida: si no quieres que sufra mucho, no vayas á casa de Herrera.

—No iré—la dije para tranquilizarla.

—¡He ahí cómo lleva adelante sus humos de la pensión! ¡Y mamá que te envió para curarla de sus tristezas! ¿Dónde está á veces su talento?

—Clara—la dije con severidad,—jamás debemos juzgar los actos de nuestros padres, sino respetarlos. Mamá me ordenó venir, y yo la obedecí gustosa: ese era mi deber.

—Tienes razón, Mélida—me respondió esta Clara, que tiene fama de indómita, y que lo es, en efecto, no sabiéndola comprender;—sí, tienes razón como siempre: perdóname mis quejas, porque tú eres mejor que yo.

Valentina no asistió al convite.

¡Cómo habrá padecido su orgullo! ¡Pobre Valentina! ¡Ella que estaba preparando para la comida tan lindo traje!

El banquete fué espléndido. Clara, vestida de seda blanca, con sus negros cabellos prendidos con una flecha de oro, con los ojos y las mejillas animados de orgullo y de alegría, estaba deslumbradora de belleza: puedo asegurarlo así, sin que me ciegue el orgullo de hermana.

Así que se acabó la comida y se tomó el café, César salió, y yo, desde una de las ventanas del comedor, le vi tomar el camino de la aldea.

Dos días hace, doña Ursula, la doncella de la Mariscalá, le vi hablando con Valentina al lado de la fuente; y hoy le he visto yo desde lejos, al ir á misa con mamá á la iglesia de la aldea, parado bajo las ventanas de Valentina.

Ni Clara ni mi madre sospechan nada de esto: los preparativos para el casamiento siguen con

rapidez. ¡Y yo tiemblo, y á nadie más que á usted me atrevo á manifestar mis temores!

Mi madre me ha hablado de Juan Bautista con tanta bondad, que, al oirla, he llorado mucho: me ha dicho que desea conocerle, que tenga esperanzas, y que mirará por mi felicidad.

Pero ¿qué importo yo al lado de los dolores que preveo para mi desgraciada hermana? ¡Ser engañada así!... ¡Oh, es horrible! Aconséjeme usted, amiga mía, si debo callar ó revelar á mi madre lo que sé y lo que he visto.

MÉLIDA.

## XXVI

### Juan Bautista á la Condesa.

*Epila, Septiembre de 18...*

No sé, señora, cómo disculpar mi atrevimiento al determinarme á cansar la atención de V. E. Rendidamente llego á sus plantas, aunque jamás he tenido el honor de conocerla, porque soy desgraciado, y sé que todo el que padece es escuchado por V. E. con bondad.

Cómo empezar á explicar á V. E. la causa de mi mal, repito, es cosa que no sé. Hijo de aldea-

nos, no me avergüenzo de serlo, y amo y venero á mis padres más que ningún príncipe real puede venerar á los suyos, aunque éstos sean los más poderosos monarcas del mundo; pero, señora Condesa, hasta en el cielo hay jerarquías, y yo sé el respeto que merece su alta clase, siendo el que yo le profeso tan inmenso, que paraliza la pluma en mi trémula mano antes de dirigirme á V. E.

No importa: al corazón no se le puede mandar, ni tengo ningún delito de qué acusarme. Señora, con los ojos fijos en tierra, con humildad, pero con la frente levantada, como la debe llevar todo hombre honrado y valeroso, digo á V. E. que amo á su hija la señorita Mélida, y que ha sido en vano que yo luchase contra este amor, sin tregua ni descanso, como con un enemigo formidable.

Aquí estoy desterrado por disposición de mi familia, que considera esta pasión como una locura, y quizá no le falte razón; aquí me tienen relegado como á un niño travieso; y aunque respeto á mis padres como debo y no saldré de aquí hasta que me lo manden, soy un hombre... y lo conozco... tanto rigor llena de amargura mi alma y me lleva á la desesperación.

A V. E., pues, acudo, señora Condesa, como á mi ángel tutelar; haga de modo que yo salga de aquí; que yo pueda ver alguna vez á la señorita Mélida, ó vivir, al menos, en los lugares donde ella ha vivido y que estarán llenos de sus memo-

rias... Aquí me muero... y los que conozcan á Juan Bautista le pueden decir si es quejumbroso.

Trazo estas líneas desde el lecho en que me tienen clavado hace seis días la fiebre, el desaliento y la desesperación.

Cómo ha nacido este amor, yo no lo sé explicar pero tampoco sabemos explicarnos cómo brota la flor en la pradera sin que nadie se tome el cuidado de sembrarla; tampoco sabemos por qué brotan las estrellas en el cielo, como no sea para darnos consuelo y alegría á los que vivimos acá abajo.

La primera vez que vi á la señorita Mélida me pareció que se descorría un tupido velo que tenía ante los ojos y que me ocultaba la parte más bella de todo lo que antes veía; me pareció que la conocía hacía mucho tiempo, que la había amado desde que nació... ¡qué sé yo! tantas locuras, que no se pueden repetir.

Después, cuando no la veía, me sentía muy infeliz: anhelaba las horas en que pudiese ir á casa de Herrera, y puedo asegurar que lo demás del tiempo no vivía.

¡Ay! este dulce hábito de mi vida se rompió, tal vez para siempre, por la mano de la desgracia. Ahora bien... ya que no hallo blandura en los míos, acudo á V. E., señora Condesa, que debía ser mi juez... Si este amor no ha de tener jamás esperanza, dígame, con su delicado instinto de mujer, lo que deberé hacer para arrancarlo de mi

corazón, que lo haré, aunque éste se haga al mismo tiempo mil pedazos.

Bien sé que es mucho pedir á V. E. que fije su atención en mí; pero sólo le ruego que me mire como á uno de esos pobres enfermos que V. E. asiste y socorre, y que la llaman su ángel tutelar.

Soy de V. E. el más humilde servidor q. s. p. b.,

JUAN BAUTISTA VALDÉS.

## XXVII

### Mélida á Valentina.

*Castillo de Montemar, Septiembre de 18...*

No sé si me has querido alguna vez; pero lo ciertó es que ahora haces lo que haría mi mayor enemiga.

Valentina, tú sabes lo que yo amo á mi hermana y lo que deseo su felicidad y la de mi madre; pues bien: con tus manejos, con tus coquetías, nos vas á hacer muy desgraciadas.

¿Qué dicha esperas de esa intriga que sostienes?  
¿Crees acaso, pobre Valentina, que César olvida á mi hermana aunque vaya á buscarte á tí?

¿Crees que se casará contigo?

¡No, no te considero tan loca que lo llegues, á

imaginar siquiera! No creo que pienses en que el Marqués de Montemar te elija para compañera de su opulento destino.

Ya sabes lo que tantas veces nos decía nuestra querida profesora Mme. Honoria: «Hijas mías, la vanidad inmoderada, el afán de figurar y de salirse de su clase, traen grandes disgustos y ocasionan á veces desgracias irreparables. Miremos un poco más abajo del sitio en que nos ha colocado la suerte, y no más alto: sólo se deben levantar los ojos para mirar al cielo.»

Sé, Valentina—y hasta ahora pocas personas lo saben más que yo,—que César te busca y te sigue á todas partes; sé que le esperas cada tarde al lado de la fuente, y que escuchas con placer sus lisonjas, y acaso sus palabras de amor; pero ¡ay! ¡mira que una gran parte de los vecinos de la aldea lo sabrá muy pronto también! ¡Mira que no habrá ningún joven honrado que te quiera por esposa si se llega á divulgar este secreto! En estos pueblos pequeños, la calumnia corre con la rapidez del rayo, y serás víctima desgraciada de los devaneos de César.

Valentina, vuelve en tí: tu deber es aceptar la posición que te ha dado el cielo; ser una aldeana modesta y sencilla, la digna esposa de un honrado labrador y la buena madre de sus hijos, al mismo tiempo que el consuelo y la compañía de tus ancianos padres.

¡Dios mío! ¿qué diría la señora Marta si supie-

ra lo que sucede? ¿Cuál sería la cólera de tu padre y el rubor de tu hermana?

Y luego, ¿no te acobarda el pensar en la ira de la señora Mariscala, de esa mujer majestuosa, digna, magnífica en todo? ¡Oh, valor se necesita para desafiarla! ¡Qué terrible debe ser su cólera cuando su tranquilidad es tan imponente!

Reflexiónalo, Valentina: no seas la causa de la eterna desdicha de mi hermana, que ningún daño te ha hecho y que tiene derecho á ser feliz; no le arrebatas sus ilusiones, su paz, la ventura de toda su vida... César es su primer amor... ¡y tú no sabes lo que es y las profundas raíces que echa el amor primero!

Si yo pudiese presumir que estabas enamorada del Marqués, no te hablaría así; pero no, no se puede amar á un hombre á quien no se conoce... no: el sagrado lazo del amor se forma de mil pequeñeces, que tú aún no has podido apreciar... es la unión íntima de dos almas... y para amarse dos personas, y para comprenderse, no necesitan de culpables exterioridades.

Adiós, amiga mía, porque aún quiero darte este dulce nombre. ¡Sí! creo que á la voz de mi amistad volverás en ti y dejarás ese indigno manejo, volviendo á ser la noble y hermosa Valentina que yo conozco y amo.

No extrañes que no vaya á verte: si lo hiciera, daría á mi hermana un disgusto; ella está celosa de ti, é ignora lo que sucede... ¡Oh, si lo supiera!

¡No, amiga mía, no hagas que todos seamos desgraciados!... ¡Tú eres el hada bella y generosa que tiene entre sus manos el hilo de nuestra felicidad!

MÉLIDA.

## XXVIII

Valentina á Mélida.

*Urrea, Septiembre de 18...*

¡Tu hermana me ha ofendido mortalmente, y me vengaré!

¿Quién sino ella me ha echado del castillo de la Mariscala? ¿Por quién he sido excluída del convite? ¿Por ella!... ¡Todo por ella!

Ella vivirá en el gran mundo; yo no saldré probablemente de esta mísera aldea, ¡y, sin embargo, mi venganza la seguirá á todas partes!

Soy más bella que tu hermana, cuento menos años; y si no tengo tanto talento, tengo más flexibilidad de carácter y más viveza de imaginación.

¿Por qué no mide al enemigo antes de declarar la guerra? ¿Qué daño le hacía que el Marqués me mirase, para humillarme delante de él?

Pues bien, ¡tanto peor para ella! Mira si será

grande mi afán de venganza, que sacrifico en sus aras hasta tu amistad, porque tú ya no podrás ser amiga mía... lo sé: lo siento... y lo lloro...

Pero desde este humilde cuartito de la casa de mis padres, veo á tu hermana y le grito llena de fe y de convicción: «¡Orgullosa Clara de Campo-verde!... ¡yo, la pobre y obscura aldeana, quiero ser Marquesa de Montemar... y lo seré!»

VALENTINA.

## XXIX

### La Condesa á Juan Bautista.

*Castillo de Montemar, Septiembre de 18...*

He recibido, señor Juan Bautista, la carta que me dirige, y le confieso que su contenido no me ha causado ninguna sorpresa.

Sé, por la señora Mariscalá, el amor de usted á mi hija; pero, como ella, he creído que sólo era un capricho lo que usted sentía hacia mi pobre Mélida, que dista mucho de ser bonita, y que sólo tiene en su favor un bello y noble corazón.

Ahora bien, amigo mío: veo por su carta que lo que usted siente es un amor verdadero; grave,

á su parecer, y que le hace desgraciado; pero ¿será posible que ese afecto no ceda á la reflexión, y, sobre todo, al pensamiento de la infelicidad de mi hija?

Mélida es muy joven, y usted lo es también. ¿Por qué no esperar algunos años, para ver si ese fuego se apaga ó se arraiga más profundamente? Ya ve usted que no hablo de la diferencia de clases: usted es honrado, sus padres lo son también; aun sin acabar su carrera, tiene lo bastante para darle una medianía decente, y nada más deseo. Los gustos de mi hija son, además, tan sencillos, que la harán contentarse con poco.

Pero ¿ha reflexionado usted en lo penoso que ha de ser para mí el dársela contra el gusto de toda su familia de usted? ¿Qué hará mi pobre hija entre sus padres de usted y su hermano, que le son hostiles? ¿Con quién tratará que la entienda? ¿Qué amistades, qué afecciones habrá que llenen el vacío de su existencia en esa aldea, donde habrá de vivir una parte del año?

Por todo pasaría, si sus padres de usted no se manifestasen tan enemigos de mi clase. Mélida también está triste, y creo que piensa en usted; pero es un mal que me desconsuela y para el que no hallo remedio.

Y después, pobre joven, usted no ha llegado aún á la edad en que se puede ser buen marido; no sabe usted el tacto que un esposo necesita para ser amado siempre y constantemente por su

mujer: la vida doméstica es en sí tan prosaica, que hay que embellecerla con mucha ternura y con muy exquisita educación. Mérida es delicada como una sensitiva; de nada se quejará; pero cesará de amar á usted si no es lo que ella creía y lo que tenía derecho á esperar.

La antorcha del amor conyugal no puede arder débilmente: ó derrama su luz á raudales, ó se extingue poco á poco.

He sido desgraciada, cuya circunstancia me ha hecho reflexionar mucho en los sucesos; y en mis largas meditaciones, me he dicho siempre que de todos los extravíos de las mujeres tienen la culpa sus esposos, por la soledad moral en que las dejan.

¿Y es culpa de ellos el hastío que los domina al año de estar casados?

¡No! la culpa es de los cuidados de la vida, que alejan todas las ideas bellas y rodean lo presente y lo futuro de negras sombras.

Las pobres mujeres se preguntan qué se hizo del amor que las profesaban y qué es lo que han hecho para perderle, y no saben darse ninguna contestación.

Otras veces es la esposa la primera que se manifiesta indiferente; es la primera en quien hace presa el fastidio: no sabe lo que siente, y su corazón se hiela, y las bellas prendas del hombre á quien amaba desaparecen, quedando sólo sus defectos. ¿Cómo romper el lazo fatal que la ahoga?

¡Sólo lo puede desatar la muerte, y la desea para librarse de él!

Tal vez, bueno y honrado Juan Bautista, hallará usted exagerada esta pintura del matrimonio, y, sin embargo, ésta es la verdad; la verdad, cubierta algunas veces con las buenas formas con que el mundo disfraza todas sus miserias.

¡Cuántos dolores silenciosos pasan por nuestro lado sin que los adivinemos! No quiera usted, pues, aumentar el número de los desgraciados; el hombre, en tanto que es libre, nunca se puede llamar infeliz: sólo comienza á sufrir el día que pierde su libertad. Usted me dice que ha luchado con ese amor como si fuera un enemigo formidable: aún es necesario que luche usted algo más para ver si logra vencerle.

En último caso, es preciso que yo pueda conocer á usted á fondo, y que Mérida y usted se agraden en su trato: ¿quién sabe si hallarán algún defecto donde sólo han encontrado perfección? ¿Quién sabe si perderán sus ilusiones?

Por lo que hace á su destierro, no ha acudido usted á mí en vano: el señor cura servirá de mediador entre usted y sus padres, pues ya puede usted considerar que á mí no me es dado hacer nada directamente á favor de su vuelta. Una vez aquí, todo se arreglará de un modo ó de otro, y le aseguro que seré dichosa si es satisfactoriamente.

Como quiera que sea, cuente con la estimación

que me inspiran las bellas prendas de usted, entre las que es, para mí, la más recomendable el respeto que profesa á sus padres.

Es de usted segura servidora, q. b. s. m.,

LA CONDESA DE CAMPOVERDE.

### XXX

#### César á Valentina.

*Castillo de Montemar, Septiembre de 18...*

Que yo amo á usted, Valentina, es cosa que no necesito decirle, así como tampoco que detesto y quiero romper el compromiso que me une á otra mujer: ella lo sabe, y por eso sin duda la aparta á usted de esta casa; pero no importa: el amor nos aproximará, y burlaremos la más exquisita vigilancia para vernos.

¿Por qué no quiere usted creer lo que la he dicho en estas últimas tardes, en nuestras entrevistas al lado de la fuente? Yo no he mentado jamás, y ahora no podría hacerlo, aunque á ello estuviera acostumbrado.

¡No: ahora habla mi corazón! Mi corazón es el que le dice que, hasta que usted ha venido ante mis ojos, no sabía lo que era amar; que su admi-

rable belleza le ha fascinado, y que sin usted ya no puede vivir.

No me hable usted de mis amores con Clara: jamás la amé; hay en ella algo tan altivo, tan duro, que me causa una repulsión invencible. No comprendo á la mujer más que dulce y suave como usted; el ruego es la sola cosa que me subyuga, y Clara no sabe rogar.

Valentina, yo iba ciego á anudar mi destino con el de una mujer á quien no amaba: ¡gracias por haberme salvado del precipicio!... ¡Ah! ¡Qué feliz sería si pudiera unir mi suerte á la de usted! ¡Cómo embellecería su frente una corona de Marquesa! Estos pensamientos me ocupan día y noche, y ellos dirán á usted hasta qué punto es apasionado el amor que le profeso... Desde que la vi quedé fascinado, y despierto ó soñando, está usted siempre, á todas horas, delante de mis ojos; no vivo más que para esperar á usted en los sitios por donde sé que pasa, y ver al menos un pliegue de su vestido entre los árboles; yo vivo en la aldea, y pocas personas hay que no sepan ya la pasión que me domina y de la que es usted objeto... Pero ¿qué nos puede importar ni á usted ni á mí de estos palurdos? ¡Ah! Sólo quiero para mí la gloria de sacar á usted de este rincón del mundo y llevarla donde sus gracias y su hermosura deslumbren á todos. Dígame usted que corresponde á mi amor, y al instante hablaré de nuestro próximo casamiento á mi madre: no dudo

que al principio se enojará mucho; pero ya se le pasará, si es cierto que me quiere tanto como dice; y si no, ¿ella no se casó á su gusto? Dicen que amaba á mi padre entrañablemente: esto da á entender que estaría enamorada de él, y no le debe extrañar que yo lo esté también ahora.

Por lo que toca á la Condesa y á su hija, nada me importa su parecer: ellas serán las que más griten; pero ya se cansarán. Clara cree valer tanto, que tal vez tomará el asunto con la mayor filosofía.

Pero dejémonos de pensar en los demás, para pensar sólo en nosotros mismos. Valentina, si usted quiere, será la Marquesa de Montemar; tendrá ricos trajes, que en vez de embellecer á usted, serán ellos los embellecidos por sus gracias; tendrá usted carruajes, y una nube de servidores que obedecerán hasta sus miradas; tendrá usted casas de campo, joyas y mucho más de lo que pueda desear: una palabra, una sola palabra, y desde mañana todos mis esfuerzos se dirigirán á lograr que se verifique nuestro matrimonio.

¿Por qué se oculta usted á mis ojos hace dos días? ¿Por qué no ha querido ir á la fuente? ¿Por qué no me ha mirado en la iglesia? ¿Qué he hecho para ser tratado con tanto rigor? ¡Oh, Valentina! ¡Me es imposible vivir así por más tiempo! ¡La vida me pesa, y huiré de este país ó me la quitaré, si usted insiste en sus rigores!

No piense usted en lo que dirán, y esta tarde

acuda á la pequeña alameda de la fuente, donde espero oír de sus labios la dulce palabra que asegure que me ama. ¡Oh, si no la encontrase, me desesperaría!

Después de ver á usted, diré á mi madre que cesen los preparativos para mi boda con Clara. Sí: tendré fortaleza bastante para decirle que no es á ella á quien amo, y que no quiero unir mi suerte á la suya.

Adiós, Valentina, ó más bien, hasta luego: dentro de dos horas estaré en la alameda. ¡Oh, qué largo va á hacerse el tiempo! ¡Cuánto deseo volver á ver sus hermosos ojos y su dulce sonrisa! ¡No engañe usted, por Dios, mi esperanza!

CÉSAR.

### XXXI

**Mme. Honoria á Mélida.**

*Madrid, Septiembre de 18...*

Su carta de usted, querida hija mía, me ha puesto en una cruel perplejidad: amo á Clara como si fuera mi propia hija, como la amo á usted, y de la misma manera que quiero á Valentina; su suerte es para mí del mayor interés, y veo que la des-